

El 7 de septiembre, en Albacete. La cita, entre incierta y mágica, entre soñada y mítica, entre utópica y real, por fin real, es como una brumosa y arrebatada unión de voluntades y destinos para todos los albacetenses exiliados en el resto de España y en el mundo. Una llama interior, cual hoguera luminosa y épica de fuegos y pasiones, se enciende en el alma y sentir de esos albacetenses a los que las circunstancias —por cierto, habría que cambiar el orden de la tan famosa como acertada frase de Ortega, dejándola en: «yo soy mis circunstancias y yo»— han catapultado y dispersado como cantos rodados o migratorias aves de desplegado y amplio vuelo fuera de su llana y sencilla tierra.

Sí, porque Albacete —La Mancha entera, a pesar de ser la región más conocida internacionalmente de nuestro país... ¡Gracias, Cervantes!— es económicamente pobre y no da a sus hijos, también de rancio sabor castellano y piel curtida y resquebrajada de surcos iguales a los de los campos que los ven nacer, las oportunidades mínimas necesarias y suficientes para desarrollarse entre las maternas y edípicas faldas de su lugar de origen. Hay que emigrar en muchos, desgraciadamente demasiados, casos.

EL EXILIO Y LA FERIA

Pero existe una fecha de obligado y tierno regreso para esos albacetenses que, además de serlo, ejercen, o sea, la inmensa mayoría. Fuera de ese día mágico, en el resto del año, esos exiliados tienen buenas excusas para ir a Albacete. Unas, comunes a todos los mortales: que si la familia, la novia, los amigos, algún negocio, etc. Y otras, sólo de los oriundos de aquellos claros y sosegados lares: las maravillas de la Sierra del Agua (Albacete = La Suiza manchega), el nacimiento del Río Mundo, Ayna y pueblos limítrofes, tan sorprendentemente bellos y lúdicos como, quizá por eso, olvidados, la zona pura y castizamente manchega de Tarazona, Villarobledo, La Roda, etc., el albacetense levantino Caudete, Al-

calá del Júcar y su inmejorable paisaje, las industriales Hellín, ¡qué Semana Santa!, y Almansa, las pinturas rupestres de Alpera y Minateda, la capital de la provincia como mayor ciudad de la región autonómica, las navajas, el genial queso, entre otras cuidadas viandas y caldos de su rica gastronomía..., y así hasta 100 excusas.

Sin embargo, y ya lo indicamos líneas arriba, solamente una fecha no necesita justificación para acercarse a Albacete: La Feria, tan intensamente vivida y preparada desde que acaba una hasta la siguiente, como amada, sentida, abrazada y abierta a los hombres de buena voluntad de cualquier parte del planeta, o sea, a casi todos. Todo el año con un reguero de ilusiones. Con la vista a plazo fijo y el único interés de lo festivo, que al fin y al cabo es donde mejor se manifiestan los pueblos, sus gentes y sus culturas; lo que no es poco en los tristes tiempos de que «gozamos». Si usted, amigo lector, ya conoce la incomparable Feria de Albacete sobran estas palabras, y si no..., también. Vaya. Ya sabe: El 7 de septiembre, en Albacete.

Emilio Martínez Espada

FIESTA GRANDE DE LA PEÑA DE ALBACETE EN MADRID

La Peña de Albacete en Madrid, que preside Mario Picazo, ha celebrado su fiesta anual con la consiguiente entrega de títulos de «Albacetenses distinguidos 1984», los cuales han correspondido a Antonio Núñez García-Sauco, Francisco Zalve y la Hermandad de Donantes de sangre de Albacete. También se concedieron menciones honoríficas a Moisés Davia Soriano, Rodrigo Rubio, Meliano Peraile y Luis Martínez Morcillo. Como siempre la comida de hermandad estuvo muy concurrida.

